

LOS GAMBAROS



APUNTES ÍNTIMOS

Cuando el inolvidable maestro Santesteban fundó la banda de música que fué conocida por el nombre de *Los Gambaros*, existían en Iruchulo dos músicas: la de los *Achúas* y la de los *Señoritos*.

Apenas se concibe que en una ciudad tan reducida como lo era entonces San Sebastián, la cual, encerrada en el estrecho recinto de sus murallas, semejaba una joya metida en su estuche, llegaron á reunirse nada menos que tres músicas de aficionados.

El caso, sin embargo, nada tenía de particular, porque Iruchulo se distinguió siempre por ser un pueblo esencialmente músico; siéndolo en tal grado que es casi seguro le quedaran todavía elementos bastantes para formar, sin gran esfuerzo, otra ú otras bandas más.

Pero sea de esto lo que quiera, es lo cierto que aquel pequeño San Sebastián tuvo tres músicas perfectamente organizadas y que la última (la de *Los Gambaros*) pudo, en breve, competir con las dos primeras, llegando á ser la música predilecta del pueblo.

La nueva banda se instaló al principio en el desván de una casa de la calle de San Jerónimo, vulgo de *Escotilla*, esquina á la del Puyuelo (Barrio cuarto); allí estableció su academia y allí verificó sus primeros ensayos.

Aquel desván pertenecía á la habitación y tienda que en la misma casa ocupaba uno de los individuos de la banda, y aunque dejaba mucho que desear en punto á holgura y comodidad tanto el maestro como los discípulos se mostraban contentísimos de verse réunidos en amigable compañía (¿qué les importaba el sitio?) y se entregaban con

verdadero entusiasmo á sus tareas musicales, en las que hacían rápidos adelantos: pero no se pasó mucho tiempo sin que se convencieran todos de que les sería imposible continuarlas en el susodicho desván que, bien mirado y aun mirado del modo que se quisiera, no pasaba de ser un pobre tabuquillo en el que apenas podían rebullirse.

Decidieron, pues, mudarse y se mudaron á un piso, también muy alto, de la calle del Puerto.

El nuevo piso era algo más espacioso que el que acababan de dejar; pero la verdad es que no les satisfacía del todo, puesto que por su proximidad al tejado les resultaba tan desván como el otro.

Hablándome de este cambio de domicilio, recuerdo que un ex-gambaro, que todavía vive y á quien deseo muchos años más de vida sobre los que hoy cuenta, me dijo (sin sospechar siquiera de que hablaba en verso):

—De desván en desván: así anduvimos.

Este endecasílabo, por lo franco y espontáneo, me hizo mucha gracia.

El desarrollo que, andando el tiempo, adquirió la banda, obligó á *Los Gambaros* á cambiar de local, y se fueron por último (no creo que después llegaron á ir á ninguna otra parte) á la Plaza Nueva, hoy de la Constitución, en la que se posesionaron del cuarto principal, derecha, de la casa que tiene su ingreso por la calle de Iñigo.

Por cierto que allí les ocurrió un lance gracioso que merece referirse. Helo aquí tal como me lo contó mi amigo J. A., antiguo Gambaro que, como el anterior que acabo de citar, pertenece dichosamente al número de los vivientes, siendo, uno y otro, los dos únicos que quedan de aquella famosa banda.....

—Vivía en el piso segundo, encima de nosotros, un capitán ó comandante de Artillería y ¿sabe usted lo que hizo el demonio del hombre para no oírnos ó para estorbar que tocásemos? Pues empezó á tirarnos balas.

—¿Balas?—le pregunté yo asombrado.

—Balas, sí señor, balas de cañón: no sé de qué calibre, pero eran grandes.

—¿Cómo tenía él esas balas?

—Sin duda las llevaría de la maestranza á su casa por medio del asistente.

—¿Y cómo las tiraba?

—Dejándolas caer con fuerza sobre el suelo y haciéndolas rodar por la habitación, armando un ruido de mil demonios. Oh! aquello fué tremendo.... pero no le valieron sus tretas al tal artillero para fastidiarnos, porque dimos una queja en regla á la autoridad competente y logramos hacerle salir de la casa: con esto se acabó todo y seguimos tranquilos con nuestros ensayos sin ningún otro incidente.

Como prueba de que el maestro Santesteban sólo pensaba en sus *Gambaros*, que sólo á ellos consagraba su actividad y su talento y hasta todos los momentos de su vida, citaré un pequeño episodio que lo demuestra plenamente.

Era en la casa de campo de Juan *Beltranene*, adonde habian ido *Los Gambaros* al son de su música á pasar el día.

Demás está decir que lo pasaron *en grande*, reinando en la comida, que fué, como de encargo, variada y succulenta, la franca y expansiva alegría propia de aquellos jóvenes, todos de buen humor y á quienes unían los lazos de una amistad tan íntima y sincera que podia muy bien confundirse con el afecto fraternal más puro y acendrado.

Llegó la hora del café y notaron que faltaba el maestro.

—¿*Non da maisuba?*— se preguntaban unos á otros, sin que ninguno diera razón de él.

Se le buscó por todas partes, pero en vano; el maestro no parecía.

Después de un buen rato, en que cada cual se despachó á su gusto haciendo los más extraños y chistosos comentarios sobre la repentina desaparición del maestro, se presentó éste con una porción de papeles de música en la mano y diciendo con presteza, como queriendo evitar el aluvi6n de preguntas y bromas picantes que previ6 se le echaba encima:

—Vamos, vamos, á ensayar pronto *esto*, que debemos aprender de memoria....

Lo que el maestro llamaba *esto*, era un precioso pasa-calle que había compuesto y armonizado para su banda, en el brevisimo tiempo que permaneci6 oculto en su escondrijo.

Resultado: *Los Gambaros*, á su regreso al pueblo, entraron en él tocando aquel pasa-calle.

En una relación biográfica de *Santesteban* que llena de curiosas é interesantes noticias public6 en su notable obra titulada «La Opera

Española» mi joven amigo el reputado escritor D. Antonio Peña y Goñi, dió éste una lista personal de la renombrada banda de *Los Gambaros*; lista que yo me complazco en reproducir aquí, no solo «por ser cosa curiosa en extremo para San Sebastián», como dice muy bien el mismo Peña y Goñi, sino porque la mayoría de los individuos que la forman, han sido amigos míos muy queridos.

Se compone dicha lista de

D. Fermín Lascurain	}	Clarinetes.
» José Galo Aguirresarobe		
» José Ochoteco		
» José Lopetegui		
» Miguel Machimbarrena	}	Trompas.
» José Eloi Ormaechea		
» José M. ^a Arrillaga		Octavín.
» Joaquín Arrillaga		Trombón.
» Juan Bautista Domercq		Clarín de llaves.
y el Director Santesteban		Trombón.

A estos nombres, tan caros para mí, añadiré yo unos cuantos más de otros tantos amigos y conocidos que fueron también *Gambaros*.

Los citaré lisa y llanamente (sin el *Don*), que es como estoy más acostumbrado á oírlos llamar y porque así me parece que están más en carácter ó conservan mejor su *sello koskero*, como diría Marcelino Soroa.

Allá van:

Domingo Instauder	}	Clarinetes.
J. Ramón Elósegui		
Antonio Garín		
Juan Blanchón		
Pepe Mezquíriz		
Pío Baroja		
José Joaquín Díaz	}	Trompa.
Joaquín Mezquíriz		
Fausto Echeverría	}	Figles.
J. F. Llanos		
Juan José Santesteban (hermano del maestro)		Bucsen

No me acuerdo de más nombres y lo siento, porque me habría agrado reunir los de todos *Los Gambaros*, sin excepción, y formar

con ellos una lista completa, en la que aparecieran hasta los encargados del *ruido*.

—

Esta palabra *ruido*, aplicada á la banda de que me ocupo, me obliga á hacer aquí un pequeño paréntesis, pues despierta en mi memoria el recuerdo de ciertos instrumentos *ruidosos* de los que no puedo excusarme de decir algo.

Dichos instrumentos eran:

Un enorme bombo azul que, de seguro, llamaría hoy la atención y aun es probable que excitara la risa por su extraordinario tamaño, con un letrero negro, pintado sobre una ondulante cinta blanca, también pintada, y en el cual se leía: «La Nueva Ilión»

Un redoblante, digno compañero del bombo, por su magnitud.

Unos platillos, que tampoco merecían el diminutivo y

unos chinescos, con verdadero lujo de campanillas y cascabeles.

Estos instrumentos, cuyo ruido puedo asegurar que tenía toda la sonoridad apetecible, fueron parte integrante y casi pudiera decirse esencial, de la música que para el batallón de la Milicia Nacional se creó allá á fines del año 1840 ó principios del 41, y recuerdo perfectamente que se custodiaban en un cuarto interior de una de las salas laterales del Consulado (piso segundo de la Casa Consistorial).

También recuerdo que en la misma sala celebramos algunos ensayos, y digo «celebramos», porque en dicha música era yo... uno de tantos.

Pues bien: no sé con qué fundamento designaba la voz publica á *Los Gambaros* como antiguos poseedores de aquellos instrumentos.

¿Lo fueron, en efecto? No lo sé.

Posible es que los hubieran usado, pero esos instrumentos, según la opinión de personas que debían saberlo, *venían de atrás*, es decir, debieron pertenecer á otra banda anterior á la de *Los Gambaros*.

¿Cuál era esa otra banda?

Ateniéndome al testimonio de mi inolvidable y siempre querido y muy respetado amigo D. José Manuel de Brunet, no podía ser otra sino la que hacía el año 1815 ó 1816 fundó y dirigió el distinguido músico aficionado Sagasti, con el título de «La Nueva Ilión» que ostentaban el bombo.

Y en verdad que no pudo Sagasti bautizar su banda con un nombre más apropiado ni más simpático para el pueblo, puesto que era el

del pueblo mismo, porque San Sebastián venía llamándose «La Nueva ó la moderna Ilión», desde la infausta noche del 31 de Agosto de 1813 en que fué destruida por un espantoso incendio, comparable sólo al que abrasó á Troya.

Encerraba, pues, ese nombre para los San Sebastianos que presenciaron la desolación de su ciudad querida, el recuerdo indeleble de un suceso horrible y sangriento, digno de la epopeya, y se comprende que lo aplicaran á todo y quisieran esculpirlo en todas partes como lo llevaban ellos esculpido en el alma.

Buena prueba de esto son las inscripciones puestas en los arcos de triunfo que se erigieron en la ciudad con motivo de la visita de Fernando VII en 1828, ó sea ¡quince años después!

«A la *moderna Ilión*, ven Fernando»

.
«San Sebastián, ó la *Ilión moderna*».

.
«*Donostía edo Ilión berriztatua*».

.

Doy punto á este paréntesis; de lo contrario, temo hacerlo interminable.

Respecto de los instrumentos que lo han motivado, declaro con pena que ninguna noticia tengo de ellos, pues cuantas gestiones he practicado por averiguar su paradero, han sido inútiles.

—

En su mencionada biografía de Santesteban hace constar Peña y Goñi que la música de *Los Gambaros* fué llamada así del nombre de *Gambaro*, célebre clarinetista francés.

Confieso que esta noticia fué completamente nueva para mí y me sorprendió tanto más cuanto que yo participaba de la creencia, muy arraigada y extendida en Iruchulo, de que *Los Gambaros* debían su nombre á aquella *Ganbara* (desván) en que se reunieron por primera vez y que *Gambaros* era voz castellanizada de *Ganbarakuak* (los del desván).

¿Que los que así pensábamos vivíamos en un error? En tal caso es indudable que el aserto de Peña y Goñi constituye á la vez que un buen dato para la historia de Iruchulo, un desagravio á la verdad que, por lo visto, andaba bastante desfigurada.

Pero esto en nada se opone á que crea yo que una banda tan ge-

nuinamente donostiarra como la de *Los Gambaros*, sólo debía llevar un nombre de legítimo abolengo bascongado, un nombre que recordara algo al pueblo de que procedía, sin que nunca, por nada ni por nadie, llegara á adoptar el de ningún extranjero por más francés, más clarinetista y más célebre que fuera.

Por lo demás, comprendo muy bien que no hay para qué hablar ya de este asunto, porque si *Los Gambaros* tuvieron realmente un nombre que podemos llamar *técnico* (de que yo no tenía la menor noticia) y otro que llamaremos vulgar (el que lo sabe el pueblo), desde el momento que, por extraña coincidencia, conozco ambos nombres entre sí, como que resultan completamente iguales, no hay motivo alguno de discusión. Es lo que me decía un amigo: «¿qué importa que *Los Gambaros* debieran su nombre á un *Gambaro* ó á una *Ganbara* si quedaban tan *Gambaros* de un modo que de otro?»

No puedo precisar la fecha en que se creó esta banda, pero presumo que debió ser hácia el año 1829 ó 30, habiendo existido, con gran contentamiento del pueblo, hasta los comienzos de la primera guerra civil (1833) en que se disolvió (como se disolvieron las otras dos), pero sirviendo luego de base á la banda militar que se formó para el batallón de la Milicia urbana.

Una feliz casualidad me proporcionó recientemente el gusto de hojear los cuadernos que pertenecieron á la referida banda militar que se llamó: «*Música del batallón de Isabel II de Urbanos de San Sebastián*», según el letrero que llevan aquellos impreso en la cubierta y contienen hasta 28 piezas entre *marchas*, *paso-dobles*, *valeses*, *himnos* (algunos patrióticos) y *fagina*, sin contar un *zortziko*, el *triyarena*, el *fandango* y el *trágala*.

Me parece que nada se puede pedir á estas tocatas en punto á sabor de época y colorido local.

MIGUEL OSTOLAZA.

